

nosotros... sin embargo, no conviene que permanezcas aquí, pues acaso los demás no te harían la misma justicia; y si nuestros jóvenes llegan á cantar la guerra, te mirarán como á un pérfido que ha entregado nuestros gefes á dura y penosa esclavitud, y en su furor, nos sería imposible librarte de sus manos.»

Dichas estas palabras, obligaron al misionero á salir de allí, dándole guías que le condujesen por caminos apartados hasta mas allá de la frontera. Cuando Luis XIV supo la felonía cometida con los indios, mandó les fuese devuelta su libertad. El cacique que dirigió la palabra al padre Lamberville se convirtió poco después y se retiró á Quebec, y no es dudoso que su conducta en aquella ocasión fue el primer fruto de las virtudes del Cristianismo, que empezaban á brotar en su corazón.

Y ¿qué diremos de aquellos hombres inmortales que regaron con su sangre las heladas tierras de la Nueva-Francia? En cierta ocasión hallé á uno de estos apóstoles en las soledades de América. Caminando una mañana por los bosques, vi acercarse á un anciano de blanca barba, vestido de una larga túnica, leyendo atentamente un libro, y apoyándose en un baculo; iluminábase la tibia luz del crepúsculo matutino, que penetraba á través de la espesura. Asemejábale á Termosiris saliendo del bosque sagrado de las Musas, en los desiertos del Alto-Egipto; y era tan solo un misionero de la Luisiana, que venía de la Nueva-Orleans, y regresaba á los illineses, adonde dirigía un rebaño de franceses y salvajes cristianos. Acompañóme muchos días; mas, por muy diligente que me mostrase á la mañana, encontraba siempre al anciano caminante rezando y paseando por el bosque. Este santo hombre había sufrido mil trabajos, contaba con discreción las penalidades de su vida, hablaba sin aspereza ni placer, pero con serenidad: no he visto sonrisa tan apacible como la suya: Citaba versos de Virgilio y aun de Homero, y los aplicaba á las escenas que se presentaban á nuestra vista, ó á los pensamientos que se nos ofrecían. Parecióme dotado de no vulgares conocimientos, pero ocultaba su instrucción bajo su sencillez apostólica; bien así como los apóstoles, que sabían todo, aparecían unos ignorantes. Hablamos un día sobre la revolución francesa, causándonos no escaso placer el recordar la agitación de los hombres en los parajes mas tranquilos. Estábamos sentados en un valle á orillas de un río de ignorado nombre, que después de muchos siglos refrescaba con sus aguas aquellas desconocidas regiones. El anciano se enterneció á esta reflexión, y sus ojos se arrasaron en lágrimas ante esta imagen de una vida ignorada y consumida en el desierto, en la práctica de oscuros beneficios.

El padre Charlevoix describe en estos términos los misioneros del Canadá:

«El padre Daniel, ya muy cerca de Quebec, quiso visitarla antes de seguir el camino de su misión.»

«Llegó al puerto en una canoa, remando á la par de tres ó cuatro salvajes; iba descalzo, exhausto de fuerzas, con la camisa podrida y una sotana desgarrada, pero con un semblante alegre por la vida que pasaba, e inspirando con su aspecto y discursos el deseo de ir á participar de una cruz que el Señor rodeaba de tanta unción.»

Estas son aquellas alegrías y lágrimas que Jesucristo prometió á sus escogidos. El historiador de la Nueva-Francia prosigue:

«No podía ser mas apostólica la vida que profesaban (los misioneros entre los hurones), pues no había momento de ella que no estuviese señalado con alguna acción heroica, ó por conversaciones piadosas ó por sufrimientos que miraban como verdaderas y justas expiaciones, cuando sus trabajos no habían producido el anhelado fruto. Levantábanse á las cuatro de la ma-

ñana, y permanecían en oración hasta las ocho, único tiempo que tenían disponible para sus piadosos ejercicios. A las ocho, cada uno iba á cumplir sus respectivos cargos: unos visitaban los enfermos, otros acompañaban en el campo á los trabajadores, y otros pasaban á las poblaciones vecinas que carecían de pastor. Todo esto producía muy buenos efectos, porque casi ningún niño moría sin bautismo, y aun los adultos que se habían negado á instruirse en estado de salud, se convertían al verse enfermos, pues no podían resistirse á la industriosa y constante caridad de sus médicos.»

Si en el *Telémaco* se encontraran iguales descripciones, ¡cuanto se ponderaría el gusto sencillo y patético de estas cosas! Alabáramos con entusiasmo la ficción de poeta, y somos insensibles á la verdad, aun presentando esta los mismos atractivos.

No eran empero estos los mayores trabajos de esos hombres evangélicos, pues unas veces seguían á los salvajes en sus cacerías, que duraban muchos años, y en que se veían obligados á comer hasta sus propios vestidos, y otras expuestos á los caprichos de los indios, que á manera de niños ceden al primer impulso de su imaginación ó su deseo. Mas, los misioneros se juzgaban pagados de sus trabajos, si durante sus largos sufrimientos habían ganado una alma á Dios, abierto el cielo á un niño, aliviado á un enfermo, ó enjugado las lágrimas de un desgraciado.

Movido el cielo por sus virtudes, concedió á muchos aquella dichosa palma que tanto habían deseado, elevándolos á la dignidad de los primeros apóstoles. La aldea de hurones donde residía el padre Daniel fue sorprendida por los iroqueses en la mañana del 4 de julio de 1648, hallándose ausentes los jóvenes guerreros. El jesuita, que decía misa á la sazón á sus neófitos, apenas tuvo tiempo para terminar la consagración, y corriendo al sitio donde resonaban los gritos, se ofreció á su vista la escena mas lastimosa: mujeres niños y ancianos confundidamente mezclados, yacían moribundos. Los que vivían aun se postraron á sus pies pidiéndole el bautismo: Daniel empapa un paño en agua, sacúdele sobre la multitud y proporciona la vida del cielo á los que no podía librar de la muerte temporal. Recordó entonces haber dejado en sus cabinas algunos enfermos, que aun no habían recibido el sello del Cristianismo; vuela allá y les rescata; vuelve á la capilla, esconde los sagrados vasos, echa una absolución general á los hurones refugiados al altar, instala á que huyan, y para darles tiempo, sale solo al encuentro de los enemigos. Atónitos los bárbaros viendo al sacerdote que avanzaba solo contra un ejército, se detienen y retroceden algunos pasos, y no osando acercarse al santo, le disparan sus flechas, atravesándole el cuerpo: «Estaba cubierto de ellas, dice Charlevoix, y aun hablaba con acción maravillosa, ya á Dios, ofreciéndole su sangre por su rebaño, ya á sus matadores amenazándoles con la ira del cielo; pero asegurándoles al mismo tiempo que encontrarían propicio al Señor, y los recibiría en su gracia si recurrían á su clemencia.» Muere, y salva parte de sus neófitos, deteniendo á los iroqueses á su derredor.

Igual heroísmo mostró el padre Garnier: era aun muy joven, y acababa de desasirse de los brazos y las lágrimas de su familia, para salvar las almas en el Canadá. Herido por dos balas en el campo de batalla, cayó exánime en tierra, y un iroqués, que le creyó muerto, le despojó de sus vestidos.

Poco después volvió de su parasismo, y levantando la cabeza, vió á corta distancia un huron moribundo; hizo entonces un esfuerzo para absolver al catecúmeno, y volvió á caer en tierra; advirtiéndole un bárbaro, acudió presuroso y le descargó dos hachazos. «Espiró, dice Charlevoix, en el ejercicio, y por decirlo así en el seno mismo de la caridad.» El padre Brebœuf, tío del poeta del mismo nombre, fue quemado con los

horribles tormentos á que los iroqueses sometían sus prisioneros.

No lejos del padre Brebœuf era atormentado otro misionero, el padre Lallemand, recién entrado en la carrera apostólica. El dolor le arrancaba alguna vez involuntarios gritos, y pedía fuerzas á un anciano apóstol, que no pudiéndole ya hablar, le inclinaba la cabeza, y sonreía con sus labios mutilados para animar al joven mártir. El humo de las dos hogueras, subía al cielo, y afligía y regocijaba á los ángeles. Rodearon al padre Brebœuf de hachas encendidas, y le cortaron pedazos de carne que devoraban con bárbara ansiedad. En fin, después de haber sufrido otros muchos tormentos que no nos atrevemos á referir, el padre Brebœuf exhaló su espíritu y voló á la mansion de aquel que sana todas las llagas de sus siervos.

Acontecía esto en el Canadá en 1649, época en que la Francia gozaba de su mayor prosperidad, y durante las fiestas de Luis XIV: triunfaba entonces el misionero y el soldado.

Los que miran á los sacerdotes con aborrecimiento y desprecio, se alegrarán de estos tormentos. Los sabios dirán, afectando prudencia y moderación, que los misioneros eran víctimas de su fanatismo, y preguntarán con una piedad soberbia, ¿qué iban á hacer los religiosos en los desiertos de la América? Confesamos que no iban á poner en ejecución ningún plan sabio, ni para hacer grandes descubrimientos filosóficos, sino que solo obedecían al Maestro que les había dicho: «*Id y enseñad. Docete omnes gentes*; y obedeciendo este mandamiento, abandonaban humildes las delicias de su patria, para revelar á costa de su sangre á un bárbaro, á quien no habían visto jamás... ¿Qué? Nada, según el mundo, casi nada: ¡*La existencia de Dios y la inmortalidad del alma*: ¡*DOCETE OMNES GENTES!*»

CAPITULO IX.

Fin de las misiones.

Hemos indicado los diferentes caminos de cada misión; caminos de sencillez, de ciencia, de legislación y de heroísmo. Bien pudiera engreirse la Europa, y especialmente la Francia, de donde partía el mayor número de misiones, al ver salir todos los años de su seno unos hombres que iban á iluminar con las maravillas de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor, las cuatro partes de la tierra. De esto nacía la alta idea que formaban los extranjeros de nuestra nación, y de su Dios. Los pueblos mas remotos querían entablar alianza con nosotros, y el embajador del salvaje del Occidente encontraba en nuestra corte al de las naciones orientales. No blasonamos de profetas; pero bien puede asegurarse, y la experiencia lo corroborará, que los sabios que se dirigen á esos lejanos países, armados de instrumentos y programas académicos, no llevarán á cabo en tiempo alguno lo que un pobre fraile, que saliendo á pié de su convento, supo realizar, sin otros recursos que su breviario y su rosario.

LIBRO QUINTO.

Ordenes militares ó Caballería.

CAPITULO PRIMERO.

Caballeros de Malta.

No hay un recuerdo hermoso ni una institución admirable en los siglos modernos, que el Cristianismo no reclame. Los únicos tiempos heroicos de la historia moderna, esto es, los tiempos caballerescos, le pertenecen tambien, pues la verdadera religion creó todos los encantos de esa maravillosa época.

Mr. de Sainte-Palaye pretende al parecer separar la caballería militar de la religiosa, pero todo induce á confundirlas. Cree que la antigüedad de la primera no llega al siglo XI, pero esta es precisamente la época de las Cruzadas, que dieron origen á los Hospitalarios, á los Templarios, y á la orden Teutónica. La ley formal por la cual la Caballería se obliga á defender la fe; la semejanza de sus ceremonias con las de los sacramentos de la Iglesia; sus ayunos, sus ablucciones, sus confesiones, sus oraciones y sus votos monásticos, patentizan que todos los caballeros tenían el mismo origen religioso. Ni se opone á ello el voto del celibato, que establecía al parecer, una diferencia esencial entre los héroes castos y los guerreros, que solo hablan de amor, porque este voto no era general en las órdenes militares cristianas. Los caballeros de Santiago podían casarse, y en la órden de Malta no había obligación á renunciar al vínculo conyugal, sino cuando se obtenían las dignidades, ó se entraba en posesion de los beneficios de la Orden.

En sentir del abate Giustiniani, ó según el testimonio mas cierto, aunque menos agradable, del hermano Helyot, se cuentan treinta órdenes religiosas militares: nueve bajo la regla de San Basilio, catorce bajo la de San Agustin, y siete que se ajustan al instituto de San Benito. Solo hablaremos de los principales, es decir, de los Hospitalarios ó caballeros de Malta en el Oriente, de los Teutónicos en Occidente, y de los caballeros de Calatrava, comprendidos los de Alcántara y Santiago, al Mediodía de Europa.

Si los autores son exactos, pueden contarse mas de otras veinte y ocho órdenes militares, que por no estar sujetas á reglas particulares, solo se han considerado como unas ilustres cofradías religiosas: estas son aquellos caballeros del Leon, de la Media-Luna, del Dragon, del Aguila-Blanca, del Lirio, del Hierro de Oro, y Caballeros del Hacha, cuyos nombres recuerdan á los Rolandos, Royers, Clorindas, Bradamantes, y todos los prodigios de la Tabla-Redonda.

Algunos comerciantes de Amalfi en el reino de Nápoles, obtuvieron de Romensor, califa de Egipto, el permiso de construir una iglesia latina en Jerusalén, á la cual añadieron un hospital para los extranjeros y peregrinos, gobernados por Gerardo de Provenza. Las Cruzadas empiezan; llega Godofredo de Bouillon, y cede algunas tierras á los nuevos Hospitalarios. Boyant-Roger sucede á Gerardo, y Raimundo Dupuy á Roger. Toma Dupuy el título de gran-maestre; divide los hospitalarios en *caballeros*, con destino á la seguridad de los caminos, y para pelear contra los infieles; en *capellanes*, consagrados al servicio del altar, y en *hermanos sirvientes*, que debían tambien esgrimir las armas, cuando las circunstancias lo requiriesen.

La Italia, España, Francia, Inglaterra, Alemania y Grecia, que unas veces unidas y otras separadas llegaban á las costas de Siria, fueron sostenidas por los valientes Hospitalarios. Mas, trocada la fortuna, aunque no el valor, Saladino vuelve á tomar á Jerusalén, y Acre ó Ptolemaida llega á ser el único puerto libre á las Cruzadas en Palestina. Hallábanse allí los reyes de Jerusalén y Chipre, de Nápoles y Sicilia; el de Armenia, el principe de Antioquia, el conde Jaffa, el patriarca de Jerusalén, los caballeros del Santo Sepulcro, el legado del Papa, el conde de Trípoli, el principe de Galilea, los Templarios, los Hospitalarios, los caballeros Teutónicos, los de San Lázaro, los venecianos, los genoveses, los pisanos, los florentinos, el principe de Tarento, y el duque de Atenas. Todos estos principes, todos estos pueblos, todos estos órdenes tenían cada uno su cuartel separado, en donde vivían independientes los unos de los otros: «de manera, dice el abate Fleury, que allí había cincuenta y ocho tribunales que juzgaban en causas de muerte.»

Era indispensable que las rivalidades estallasen

entre tantos hombres de diferentes costumbres é intereses, y al fin llegaron á las manos en la ciudad, aumentando no poco la confusión Carlos de Anjou y Hugo III, rey de Chipre, que aspiraban al trono de Jerusalén. Aprovechase el soldan Melec-Mesor de estas discordias intestinas, y avanzó con un poderoso ejército, resuelto á arrancar á los Cruzados su último asilo; pero murió envenenado por uno de sus emires al salir de Egipto; no obstante, antes de espirar hizo jurar á su hijo que no daría sepultura á las cenizas de su padre hasta conquistar la Tolemaida.

Melec-Seraph cumplió religiosamente la última voluntad de su padre, puso sitio á Acre, y la tomó por asalto el 18 de mayo 1291. Unas religiosas dieron en esta ocasion un asombroso ejemplo de castidad cristiana, maltratándose el rostro: halláronlas en este estado los infieles, y horrorizados al verlas, diéronlas muerte.

Tomada Tolemaida, los Hospitalarios se retiraron á la isla de Chipre, donde permanecieron diez y ocho años. Sublevada Rodas contra Andrónico, emperador del Oriente, llamó á los sarracenos á sus muros. Villaret, gran maestre de los Hospitalarios, obtuvo de Andrónico el gobierno de la isla, en caso de lograr substraerla al yugo mahometano; y valiéndose sus caballeros del ardor de cubrirse con pieles de ovejas, y mezclarse entre un rebaño, andando sobre piés y manos, se introdujeron en la ciudad durante una espesa niebla, y apoderándose de una de sus puertas, degollaron la guardia; y merced á tal estratagemá entró en la plaza el resto del ejército cristiano.

Cuatro veces intentaron los turcos recuperar la isla de Rodas del poder de los caballeros, pero fueron otras tantas rechazados. En la tercera tentativa duró el sitio cinco años, y en la cuarta, Mahomet batió los muros con diez y seis cañones de un calibre nunca visto en Europa.

Libres apenas aquellos caballeros del poder otomano, se declararon sus protectores. Un príncipe llamado Zizimo, hijo de Mahomet II, que batiera poco antes las murallas de Rodas, imploró el socorro de los caballeros contra Bayaceto, su hermano, que le habia usurpado su herencia. Temiendo Bayaceto una guerra civil, se apresuró á hacer la paz con la Orden, y se convino en pagarle todos los años cierta suma como pensión de Zizimo; viniendo á ser, por uno de esos raptos caprichos de la fortuna, un poderoso emperador de los turcos, tributario de un corto número de Hospitalarios cristianos.

Por último, siendo gran-maestre Villiers de l'Isle-Adam, Soliman se apoderó de Rodas, despues de perder cien mil hombres. Retiráronse los caballeros á Malta, cedida por Carlos V, y allí fueron atacados de nuevo por los turcos; mas merced á su valor, quedaron en pacífica posesion de la isla, bajo cuyo nombre son aun conocidos.

CAPITULO II.

Orden Teutónica.

En la otra extremidad de la Europa, la caballería religiosa echaba los fundamentos de unos Estados, que han llegado á ser reinos poderosos.

El orden Teutónico tuvo su origen en el primer asedio de Acre por los cristianos, en 1190. Llamólo mas tarde el duque de Masovia y de Polonia á la defensa de sus Estados contra las invasiones de los prusianos. Estos pueblos bárbaros, que salian de tiempo en tiempo de sus bosques para devastar las vecinas comarcas, habian reducido la provincia de Cúlm á un espantoso desierto, sin dejar en pié en el Vistula sino el castillo de Plotzko. Los caballeros internáronse poco á poco en los bosques de la Prusia, donde construyeron algunas fortalezas, y subyugando sucesivamente á los war-

mienos, los bartos y los natangos, aseguraron la navegacion de los mares del Norte.

Los caballeros de Porte-Glaive, que habian tambien trabajado en la conquista de los países septentrionales, se reunieron á los Teutónicos, y les revistieron de un poder verdaderamente real. No obstante, los progresos de la Orden se retardaron, á causa de la division que reinó mucho tiempo entre los caballeros y los obispos de Livonia. Finalmente, sometido ya todo el Norte de Europa, Alberto, marqués de Brandeburgo, abrazó el luteranismo, arrojó á los caballeros de su gobierno, y se hizo único señor de la Prusia, que entonces tomó el nombre de Prusia Ducal, hasta que en 1701 este nuevo ducado se erigió en reino, en tiempo del abuelo del gran Federico.

Aun subsisten en Alemania los restos de la orden Teutónica, siendo actualmente su gran-maestre el príncipe Carlos.

CAPITULO III.

Caballeros de Calatrava y de Santiago.

La Caballería hacia los mismos progresos en el centro de Europa, que en sus dos extremidades.

En 1147, Alfonso el Batallador, rey de Castilla, ganó á los moros la plaza de Calatrava, en Andalucía. Ocho años despues, siendo rey don Sancho, sucesor de Alfonso, quisieron aquellos recobrarla y empezaron á hacer sus preparativos. Intimidado Sancho, mandó publicar que concedería la plaza al que quisiese defenderla. Nadie se atrevió á presentarse sino un benedictino del Cister, don Diego Velazquez, y su abad Raimundo, que entraron en Calatrava con los paisanos y las familias que dependian de su monasterio de Fitero, y haciendo empuñar las armas á los hermanos conversos, fortificaron la amenazada ciudad. Noticiasos de ello, los moros desistieron de su empresa, y la plaza quedó por el abad Raimundo, y los hermanos conversos se trocaron en caballeros llamados de Calatrava.

Estos hicieron en lo sucesivo muchas conquistas á los moros de Valencia y de Jaen: Favera, Maella, Macaron, Valdetormo, la Frejeneda, Valderobles, Calanda, Aquaviva y Ozpiza, cayeron sucesivamente en su poder; pero en la batalla de Alarcos, ganada por los moros de Africa en 1195, la Orden recibió un terrible descalabro, pues perecieron casi todos los caballeros de Calatrava con los de Alcántara y Santiago.

No hablaremos detalladamente de estos, pues su instinto fue tambien pelear contra los moros, y proteger á los caminantes contra las incursiones de los infieles.

Basta recorrer someramente la historia en la época de la institucion de la caballería religiosa, para conocer los importantes servicios que prestó á la sociedad. La orden de Malta protegia en el Oriente el comercio y la navegacion que renacia, y durante mas de un siglo, fue el único baluarte que impidió á los turcos arrojarse sobre la Italia. La orden Teutónica, subyugando en el Norte los pueblos errantes de las costas del Báltico, apagó el volcan de aquellas terribles erupciones que tantas veces desolaran la Europa, y dió tiempo para propagar la civilizacion, y perfeccionar esas nuevas armas que nos defenderán eternamente de los Alalicos y los Atilas.

No parecerá esto una vana conjetura, si se recapacita que las correrías de los normandos no cesaron hasta el siglo x, y que los caballeros Teutónicos, á su llegada al Norte, encontraron una poblacion reparada, é innumerables bárbaros. Los turcos, oriundos del Oriente, los livonios, prusianos y pomerianos, oriundos del Occidente y del Septentrion, hubieran renovado en Europa, mal repuesta de su largas calamidades, las escenas de los hunnos y de los godos.

Los caballeros Teutónicos prestaron un doble servicio á la humanidad, pues domando á los bárbaros, les forza-

ron á dedicarse al cultivo de los campos y á abrazar la vida social. Crisbourgo, Bartenstein, Wisemburgo, Wessel, Brumberg, Thorn, y la mayor parte de las ciudades de la Prusia, de la Curlandia y la Semi-Galia fueron fundadas por esta orden; y así como puede gloriarse de haber asegurado la existencia de Francia y de Inglaterra, puede tambien envanecerse de haber civilizado el norte de la Germania.

Quedaba aun otro enemigo mas peligroso que turcos y prusianos, porque se hallaba en el centro de la Europa. Los moros se han visto repetidas veces próximos á subyugar la cristiandad; y si bien mostraban mas cultura que los otros bárbaros, su religion, que autoriza la poligamia y la esclavitud, y su temperamento despótico y envidioso, eran un obstáculo invencible, así para su ilustracion, como para la felicidad de la humanidad.

Las órdenes militares de España, peleando sin tregua contra estos infieles, evitaron no menos que la orden Teutónica y la de San Juan de Jerusalén terribles catástrofes. Los caballeros cristianos reemplazaron en Europa los ejércitos regulares, pues formaron una especie de milicia reglada, que marchaba adonde mas imminente era el peligro. Los reyes y barones, obligados á dar las licencias á sus vasallos, al cabo de algunos meses de servicio, habian sido sorprendidos muchas veces por los bárbaros, que sabian aprovechar toda favorable coyuntura; y lo que ni la experiencia ni el talento alcanzaran, lo ejecutó la Religion, asociando unos hombres que juraron en nombre de Dios derramar su sangre en defensa de la patria. Viéronse entonces libres los caminos, purgadas las provincias de los malhechores que las infestaban, y los enemigos exteriores encontraron un inexpugnable baluarte, en que se estrellaron sus esfuerzos y ambiciones.

Háse acusado á los Caballeros de haber ido á buscar á los infieles hasta en sus propios hogares, porque no se medita que esto fue una justa represalia contra unos pueblos que habian sido los primeros en atacar á los cristianos. Los moros exterminados por Carlos Martel justificaban las Cruzadas. ¿Acaso los discípulos del Corán permanecieron inofensivos, en los desiertos de Arabia? ¿No llevaron acaso su ley y sus estragos hasta las murallas del Delhi y las fortalezas de Viena? ¿Debiase esperar á que las cuevas en que se guarecian aquellas fieras, se poblasen de nuevo? ¿Será que tal empresa no fue justa ni necesaria, porque se marchó contra ellos á la sombra de la bandera de la Religion? ¿Teutales, Odín y Alá, hubieran sido mas aceptables que Jesucristo?

CAPITULO IV.

Vida y costumbres de los caballeros.

Los objetos que mas hablan á la imaginacion no son tan fáciles de describir, ya porque la imagen vaga, que en conjunto representan, produce una impresion mas maravillosa que cuantas descripciones pudieran hacerse, ya porque la mente camina siempre aun mas allá de lo que se le pinta. Como quiera que sea, la palabra Caballería, ó el nombre de un ilustre caballero, es una maravilla superior á toda descripcion, pues comprende, así las fábulas de Ariosto como las hazañas de los verdaderos paladines; así los palacios de Alcino y de Armida, como las torrecillas de Cœuvre y de Anet.

No es posible hablar históricamente de la Caballería, sin recurrir á los trovadores que la cantaron; bien así como es necesario valerse de la autoridad de Homero en todo lo relativo á los antiguos héroes, segun lo han reconocido los mas severos criticos; pero en este caso, mas parece que se escribe una novela que verdaderos hechos, porque, acostumbrados á la desnuda y estéril verdad, si la vemos con algun atavio,

la desconocemos, la juzgamos la mentira, y preferimos, como los pueblos polares, nuestros tristes y áridos desiertos, á aquellos deliciosos campos, en que

La terra molle, e lieta, e diletta,
Simili a se gli abitator produce.

La educacion del caballero, empezaba á los siete años. Duguesclin, niño aun, se divertia con los campesinos de su edad, en remedar asedios y combates en las inmediaciones de la quinta de su padre. Corria por los montes, luchaba con los vientos, saltaba anchos fosos, escalaba los olmos y las encinas, y anunciaba ya en los arenales de la Bretaña al héroe llamado á salvar á la Francia.

Pasábase luego al oficio de paje en la casa de algun baron, donde se adquirian las primeras lecciones acerca de la fe que debia guardarse á Dios y á las damas. Muchas veces, enamorado el paje de la hija del señor, sentia uno de aquellos durables afectos que le impedian á esos milagros de valor, inmortalizados por la fama. Los vastos castillos góticos, las añosas selvas, los grandes y solitarios estanques, fomentaban con su aspecto romanesco unas pasiones inextinguibles.

Lleno de amor y denuedo, continuaba el paje aquellos varoniles ejercicios que le abrian el camino del honor. Perseguia sobre indómito corcel los animales montaraces en lo mas intrincado de las selvas, ó atrayendo al halcon, señor de los espacios, forzaba á este tirano de los aires á venir tímido y sumiso á posarse en su mano segura. Tal vez, imitando á Aquiles en su infancia, hacia volar por la llanura los caballos, lanzándose ya sobre uno, ya sobre otro, montándolos de un salto, y trepado armado por una mal segura escala, prorumpia en gritos de guerra, creyéndose sobre la brecha. En la corte de su baron recibia las instrucciones y ejemplos propios para formar su vida. Allí concurrían muchos caballeros, conocidos ó incógnitos, que dedicados á las peligrosas aventuras de su profesion, venian solos desde los reinos de Catta, de los confines del Asia, y de aquellos increíbles lugares donde daban á los agravios cumplida satisfaccion, y peleaban denodados contra los infieles.

«Veianse, dice Froissard, hablando de la casa del duque de Foy, pasear por salas y estrados á muchos caballeros y escuderos de honor, y se les oia hablar de armas y de amores; allí habitaba el honor, y allí se sabian las noticias de todo país ó reino, porque de todas partes acudían atraídos por la celebridad del señor.»

El paje pasaba á escudero, y la Religion presidía siempre estos nuevos grados. Unos padrinos poderosos y unas hermosas madrinan prometían ante el altar, en nombre del futuro héroe, religion, fidelidad y amor. Los servicios del escudero en tiempo de paz, se reducian á trinchar y servir las viandas en la mesa, y presentar agua á los convidados para lavarse, como los guerreros de Homero. Los principales señores no creían rebajarse al desempeñar tales cargos.

El escudero seguía al caballero á la guerra, le llevaba la lanza y el yelmo sobre el arzon de la silla, y conducia sus caballos del diestro. Su obligacion en duelos y batallas era proveer de armas á su caballero, levantarlo cuando caia, darle caballo de refresco, y reparar los golpes que recibia, mas no podia pelear por sí mismo.

En fin, cuando no le faltaba prenda ni cualidad alguna, era admitido á los honores de la Caballería. Un torneo, un campo de batalla, el foso de un castillo ó la brecha de una torre, eran muchas veces el honroso teatro donde se le conferia la orden de los valientes y esforzados. En la confusion de una batalla se arrojaban los bravos escuderos á los piés del rey ó del general, que dándoles por detrás tres espaldarazos con la espada, les armaba caballeros. Cuando Bayardo confirió la orden de Caballería á Francisco I, dijo á su espada:

«Muy dichosa eres, en haber dado hoy el orden de la Caballería á tan apuesto y poderoso monarca; y así, espada en mano, te miraré como una reliquia, y te preferiré á cualquiera otra.» Y despues, añade el historiador, dió dos saltos, y envainó su espada.»

Apenas armado el caballero con todas sus armas, se sentía inflamado del deseo de señalarse por medio de alguna hazaña digna de prez. Recorria montes y valles en busca de peligros y aventuras; atravesaba caducas selvas, espesos matorrales y profundos desiertos. Acercábase al llegar la noche á un castillo, cuyas solitarias torres descubria, imaginando ser aquel algun lugar en donde su valor habia de dar cima á alguna no vista proeza. Bajaba su visera, y encomendándose á la dama de sus pensamientos, solia oír el sonido de una bocina, y advertir que ponian un yelmo sobre las almenas del castillo, anuncio de la morada de un hospitalario caballero. Bajábanse los puentes levadizos, y el aventurero caminante entraba en el apartado asilo. Si queria guardar el incógnito, cubria su escudo con un *velo verde*, ó se valia de algun otro medio. Las damas acudian presurosas á desarmar al caballero, presentándole ricos vestidos, y sirviéndole preciosos vinos en vasos de cristal. Algunas veces encontraba al castellano rodeado de regocijo. «El señor Amanieu de Escas, despues de comer en invierno al amor de la lumbre, en una sala muy abrigada, rodeado de sus escuderos, departia de armas y de amor, pues hasta los últimos pajes se llamaban á la parte en estas materias.»

Estas fiestas de los castillos eran siempre algo enigmáticas: unas veces eran el festin del unicornio, otras el voto del pavo-real ó del faisán. Ni eran menos misteriosos los convidados: caballeros del Cisne, del Escudo-Blanco, de la Lanza de Oro, del Silencio; guerreros solo conocidos por las divisas de sus broqueles, y por las penitencias á que se sujetaban.

Los trovadores, adornados de plumas de pavo-real, entraban en la sala al fin de la fiesta, y cantaban los *ayes* de amor.

La principal máxima de la profesion de la Caballería, era «mucho ruido en el campo, y grande alegría en la posada.» Mas no siempre encontraba el caballero tales festejos al llegar al castillo, pues algunas veces solia ser este la habitacion de una dama sin ventura que gemia en la prision á que el furor de un zeloso la habia reducido; y el bizarro y apuesto paladin á quien se negaba la entrada, pasaba la noche al pié de una torre, desde donde oia los suspiros de alguna Gabriela, que llamaba en vano al valeroso Couci. El caballero, no menos compasivo que esforzado, juraba por su fiel espada y su veloz caballo, desafiar á singular batalla al cruel que así atormentaba á la desconocida hermosura, infringiendo villano todas las leyes del honor y de la Caballería.

Mas si era recibido en fortalezas tan sombrías, bien habia menester de todo su esfuerzo. Unos pajes mudos que le miraban con vista feroz, le introducian por largas y oscuras galerías al cuarto solitario que se le destinaba. Solia ser este un antiguo torreón que conservaba la memoria de alguna peregrina historia, y se llamaba la cámara del rey Ricardo, ó de la dama de las Siete Torres. El techo estaba pintado de antiguos escudos de armas, y sus paredes cubiertas de tapices que representaban personajes cuyos ojos parecian seguir al caballero, y servian para ocultar unas puertas seeretas. A media noche oíase un ligero rumor, movíanse los tapices, apagábase la lámpara del paladin, y se levantaba un ataúd al lado de su cama.

Siendo inútiles contra los muertos la maza y la lanza, el caballero recurría á los votos de peregrinacion. Libre al fin por el favor divino, iba á consultar el extraño caso con el solitario ermitaño que le decia: «Si poseyeras tanto como el rey Alejandro; si tuvieras tanto entendimiento como Salomon, y fueras tan caballero

como el valiente Héctor de Troya, como reinase en tí el orgullo, lo destruiria todo.»

Comprendiendo por estas palabras el atemorizado caballero que sus visiones eran castigo de sus faltas, trabajaba en hacerse irreprochable y esforzado, sin miedo ni baja.

Montando, pues, en su caballo, daba fin con mil encuentros y batallas famosas á todas aquellas portentosas aventuras cantadas por los antiguos poetas, y vetustas crónicas. Libraba princesas encarceladas en ásperas grutas, castigaba á los malvados, socorria á los huérfanos y á las viudas, y se defendia de la perfidia de los enanos y de la fuerza de los gigantes. No menos conservador de las costumbres que protector de los desvalidos, cuando pasaba por la casa de una dama de dudosa conducta, desdeñaba entrar en ella, y miraba la puerta con desprecio. Mas, si por el contrario la dama tenia gracia y virtud, la gritaba: «Mi buena amiga, ó mi buena señora ó doncella, pido á Dios se dignen manteneros con ese bien y honor en el número de las buenas, porque debéis ser honrada y loada.»

Llegaba algunas veces el honor de estos caballeros al exceso de virtud que se admira y detesta en los primeros romanos. Cuando la reina Margarita, esposa de San Luis, hallándose en Damietta próxima á su alumbramiento, supo la derrota del ejército cristiano y la captura del rey su esposo, se arrojó á los piés de un caballero de ochenta años de edad, y le dijo: «Os pido por la fidelidad que me habeis jurado, que si los sarracenos se apoderan de esta ciudad, me cortéis la cabeza antes que caiga en sus manos.» El caballero replicó: «Estad segura que lo haré de muy buen grado, pues mi intencion era daros muerte antes que os aprisionasen.»

Las empresas solitarias servian al caballero como de eslabon para llegar al apogeo de la gloria. Cuando tenia noticia de los torneos que se preparaban en Francia, acudia sin demora á la cita de los valientes. Ya prevenidas las lides, y colocadas las damas en unos tablados en forma de anfiteatro, buscaban con la vista á los esforzados guerreros, adornados con la divisa de sus colores, en tanto que los trovadores cantaban sentidas cantinelas de amor y batallas.

Súbito, resuena un grito: ¡Honor á los hijos de los valientes! Suenan los clarines, ábreñse las barreras, y cien caballeros avanzan como relámpagos, de las extremidades del palenque, y se encuentran frente á frente. Vuelan las lanzas en astillas, chocan los caballos, y ruedan por tierra. ¡Dichoso el héroe que dirigiendo con acierto sus botes, y no hiriendo, á fuer de leal caballero, sino desde la cintura al hombro, ha derribado á su adversario sin herirlo! Todos los corazones se entusiasman en su favor, y todas las damas aspiran á porfia á enviarle nuevas divisas que adornen sus armas. Los heraldos mientras, gritan al caballero: ¡No olvides de quien eres hijo, y no degeneres! Justas, pasos de armas y batallas entre muchos, hacen brillar alternativamente la fuerza, el valor y la destreza de los combatientes, al rumor de los gritos que, mezclados con el estruendo de las armas, suben á los cielos. Cada dama anima á su caballero, y le arroja un brazalete, un rizo ó una banda. Un Sargino, hasta entonces alejado del campo de la gloria, si bien transformado en héroe por el amor, ó algun valeroso incógnito que combatió sin armas ni vestidos, y á quien solo se distinguió por su *camisa ensangrentada*, eran proclamados vencedores de la justa, y se les gritaba, al recibir un beso de su dama: «¡Amor á las damas, muerte á los infieles, gloria y prez á los caballeros!»

En estas fiestas brillaban el valor y cortesanía de los La Tremouille y los Bayardos, cuyos altos hechos hicieron probables las hazañas de los Perceforest y Lancelot. En las guerras del reinado de Carlos VI, Sampí y Boucicault sostuvieron por sí solos el honor

francés, mostrándose siempre tan denodados como generosos.

Los únicos campeones que podian competir con los de Francia eran los caballeros ingleses, que tenian además la ventaja de verse favorecidos por la fortuna, porque nosotros nos destruimos en guerras civiles. La batalla de Poitiers, tan funesta á la Francia, fue sin embargo muy honrosa á la Caballería. El principe Negro, que por respeto, jamás quiso sentarse á la mesa del rey Juan su prisionero, le dijo: «Me parece que debéis dar por bien empleado que la suerte se haya hoy declarado contra vos, pues habeis conquistado la fama de valiente con vuestras proezas, y sido uno de los mas esforzados de vuestro ejército: no lo digo, amado señor, por adularos, pues todos los nuestros, que han visto á unos y otros, piensan en justicia del mismo modo, y os conceden la ventaja y la palma.»

El caballero de Ribaumont, en una accion sostenida en las puertas de Calais, hizo arrodillar dos veces á Eduardo III, rey de Inglaterra; pero volviéndose siempre á levantar este monarca, forzó en fin á Ribaumont á que le entregase la espada, y vencedores los ingleses entraron en la ciudad con sus prisioneros. Acompañado Eduardo del principe de Gales, dió una espléndida comida á los caballeros franceses, y acercándose á Ribaumont le dijo: «Sois el caballero que mas valerosamente he visto en mi vida acometer á sus enemigos.» Tomó el rey el rosario que llevaba sobre la cabeza, que era precioso y rico, y lo puso sobre la de Eustaquio, diciéndole: «Mi señor Eustaquio, os entrego este rosario porque habeis sido hoy el mejor combatiente. Sé que sois alegre y enamorado, y que apasionareis á damas y doncellas, si por dō quiera que vayais decís que yo os lo he dado. Os doy por libre de vuestra prision, y podeis partir mañana.»

Juana de Arco reanimó el espíritu caballeresco en Francia, y se asegura que su brazo estaba armado con la famosa espada de Carlo-Magno, que habia encontrado en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois, en Turena.

Si alguna vez nos fue contraria la suerte, jamás nos faltó el valor. Enrique IV en la batalla de Ivry gritaba á sus soldados que cejaban: «Volved la cabeza, sino para pelear, para que me veais morir.» Los guerreros franceses han podido repetir siempre en sus derrotas aquellas palabras que inspiró el carácter nacional al último caballero francés en Pavia: «Todo está perdido, menos el honor.»

Dignas eran de eterna prez tantas virtudes. Si el héroe moria en los campos de su patria, enlutada toda la Caballería, le honraba con fastuosos funerales; mas, si perecia en empresas remotas y no le quedaba ningun hermano de armas, ni un escudero que le diese sepultura, el cielo le enviaba al efecto alguno de aquellos solitarios que á la sazón habitaban los desiertos, y que

..... Su'l Libano spesso, e su'l Carmelo.
In aera magion fan dimoranza.

Esto inspiró al Tasso su episodio de Suenon. Un solitario de la Tebaida ó un ermitaño del Libano recogia diariamente las cenizas de algun caballero muerto por los infieles: el cantor de Solima presta á la verdad el lenguaje de las Musas.

«Vi descender de improviso de aquel hermoso globo ó sol de la noche, un rayo que prolongándose como un destello de oro, iba á dar sobre el cuerpo del héroe.

«No yacia el guerrero con el rostro en tierra, sino que, así como en otro tiempo todos sus deseos se dirigian á las estrelladas regiones, su rostro miraba al cielo, objeto de su única esperanza. Su mano derecha estaba cerrada y su brazo encogido; apretaba fuertemente el acero, en ademán de herir; la otra mano, mas

humilde y piadosa, descansaba sobre su pecho, pareciendo que pedia perdon á Dios....»

«Otro milagro excitó en breve mi atencion:

«En el sitio donde yacia mi amo, surgió de repente del seno de la tierra un vasto sepulcro, que abrazando el cuerpo del jóven principe, se cerró sobre él.....»

«Una breve inscripcion recuerda al caminante el nombre y las virtudes del héroe. No podia apartar los ojos de aquel monumento, contemplando ya los caracteres de su epitafio, ya el mármol fúnebre.

«Aquí, dijo el anciano, descansará el cuerpo de tu general cerca de sus fieles amigos, al mismo tiempo que sus almas dichosas gozarán, amándose en los cielos, de gloria y honor eterno.»

El caballero que habia contraído en su juventud aquellos vínculos heróicos, que ni aun en la muerte se rompian, no debia temer perder la vida en los desiertos, porque á falta de los milagros del cielo le seguian los de la amistad. Acompañado constantemente de su *hermano de armas*, encontraba en él una mano que abria su sepulcro, y un brazo que le vendaba. Estas uniones se confirmaban por medio de terribles juramentos: algunas veces los dos amigos se sacaban sangre de las venas y la mezclaban en la copa en que bebian, y llevaban por prenda ó testimonio de su fe mutua, un corazon de oro, una cadena, ó una sortija. El amor, tan sagrado para los caballeros, solo ejercia en semejantes casos el segundo derecho sobre sus almas, pues prestaban su apoyo al amigo con preferencia á la dama.

Solo la enemistad de sus respectivos países era lo que podia romper estos lazos, cesando la union de dos hermanos de armas de diferentes naciones, cuando estas se declaraban la guerra. Hue de Carvalay, caballero inglés, amigo de Beltran Duguesclin, cuando el principe Negro rompió las hostilidades contra el rey Enrique de Castilla, se vió precisado á separarse de aquel, y le dijo al despedirse:

«Noble señor, debemos separarnos. Hasta aquí hemos vivido siempre en buena armonía, habiendo sido nuestras cosas y dinero comunes. Creo que he recibido mas que vos, y os pido hagamos la cuenta por partes iguales..... Eso es necedad, replique Beltran; nunca he pensado en tal cuenta..... réstanos solo obrar bien; la razon exige que sigais á vuestro señor, pues así debe hacerlo todo hombre honrado; un afecto leal formó nuestra amistad, y con el mismo nos separaremos, por sensible que esto me sea. Bésóle entonces Beltran, como asimismo todos sus compañeros, siendo muy tierna esta separacion.»

El desinterés y la grandeza de alma con que algunos caballeros adquirieron el glorioso renombre de *irreprochables*, coronará la pintura de sus virtudes cristianas. El mismo Duguesclin, flor y nata de la caballería francesa, siendo prisionero del principe Negro, rivalizó en magnanimidad con Poro, cuando cayó en manos de Alejandro. Habiéndole el principe encargado que valuase su rescate, señaló tan excesiva suma, que atónito el héroe inglés le preguntó: «¿Y de dónde sacareis tanto oro?—De entre mis amigos, respondió el altivo condestable, porque no hay hilandera en Francia que no redoble su tarea por librarme de vuestras manos.»

Admirando la reina de Inglaterra las virtudes de Duguesclin, fue la primera que le dió una crecida suma para contribuir al pronto rescate del mas formidable enemigo de su patria.—«¡Ah! señora, exclamó entonces el caballero breton, arrojándose á sus piés, habiame tenido hasta aquí por el hombre mas feo de la Francia, pero de hoy mas empiezo á juzgarle con menos severidad, puesto que tales presentes recibo de las hermosas damas.»